

BALANCE POLITICO DE SAAVEDRA FAJARDO (1)

Por TEODORO GONZALEZ GARCIA

Catedrático de Derecho Político de la Universidad de Valladolid.

NOTAS

No es tarea fácil descubrir en una síntesis plena, sin grietas ni fisuras, el pensamiento disperso y pluralizado de un autor. Este es el caso de don Diego de Saavedra Fajardo, cuyo ideario político revela la fecunda actividad de su autor en una compleja gama de aspectos y matices, señalando al Príncipe, sobre vados de experiencia, alcores de sabiduría aleccionadora.

El ideario político de Saavedra Fajardo es fiel reflejo de su dilatada experiencia, fruto legítimo de su dinámica biografía, enjambre de juicios debidos a quien fué consejero y embajador; por eso es interesante buscar el rastro personal del hombre que alienta, con cálida viveza, en el fondo huido de sus pensamientos; y a veces, la condición espiritual de su ingenio, limitado por el marco de un sistema, se escapa a una permanente o definitiva clasificación.

Si en la doctrina sigue, preferentemente, Saavedra Fa-

(1) Un propósito modesto cumple este trabajo, en consonancia con el requerimiento inicial que ha presidido su formación: se quiere ofrecer ahora, a través de proporciones estrictas, una visión sumaria del ideario de don Diego de Saavedra Fajardo, algo así como el trazo inconfundible de su perfil político. Saavedra vivió, como es sabido, en un tiempo de suave declinación monárquica (1584-1648); fué viajero infatigable por las Cortes de Europa, consejero, embajador, plenipotenciario en el Congreso de Münster. Pero no se añadirán en este punto consideraciones eruditas sobre su tiempo y su obra. Recuérdense, sin

jardo las normas de Aristóteles (2), adaptando su maestría antigua a los imperios y repúblicas de la edad, no apartará nunca su espíritu de los dictados de la experiencia, ya que «las artes de reinar»... «son las más difíciles y peligrosas habiendo de pender de uno solo el gobierno y la salud de todos» (3). El pensamiento de Saavedra se fracciona en una serie de «advertimientos políticos», mostrando al Príncipe «una cierta y segura carta de gobernar»; y no se preocupó tanto de una elaboración conceptual del Estado como de sugerir al Príncipe, en tiempos ásperos y difíciles, provechosas lecciones de experiencia, y ello movido por el aprendizaje, bien severo, de la Historia y las luces perennes de la Religión. El mismo dice, como anticipo de sus propósitos: «Toda la obra está compuesta de sentencias y máximas de Estado,

embargo, las siguientes referencias bibliográficas españolas, de no difícil consulta:

SILVELA (F.): *Cartas de la Venerable Madre sor María de Agreda y del señor Rey Don Felipe IV.*—Madrid, 1885.

CÁNOVAS DEL CASTILLO (A.): *Estudios del reinado de Felipe IV.*—Madrid, 1888.

SAAVEDRA FAJARDO: *Obras, Biblioteca de autores españoles, Rivadeneira*, tomo XXV.

CORRADI (F.): *Juicio acerca de Saavedra Fajardo y de sus obras.* (Discurso, Academia de la Historia).—Madrid, 1876.

IBÁÑEZ GARCÍA (J. M.): *Saavedra Fajardo. Estudio sobre su vida y sus obras.*—Murcia, 1884.

MENÉNDEZ Y PELAYO: *La ciencia española (Inventario de «tratadistas de política» españoles)*, III; 1888.

DE BENITO (E.): *Juicio crítico de las empresas políticas. Examen de su doctrina jurídica*; 1904.

CORTINES (F.): *Ideas jurídicas de Saavedra Fajardo*; 1904.

FERNÁNDEZ DE VELASCO (F.): *La doctrina de la razón de Estado en los escritores españoles anteriores al siglo XIX*; 1925.

SAAVEDRA FAJARDO: *Idea de un príncipe político cristiano representado en cien empresas.* (Edición y notas de don Vicente García de Diego. «La Lectura», 1927.)

SILÍO CORTÉS (C.): *Maquiavelo o maquiavelismo en España.* (Discurso. Academia de Ciencias Morales y Políticas; 1942.)

(2) *Introducción a la política y razón de Estado del Rey Católico Don Fernando* (proemio). Frecuentes aparecen en Saavedra las referencias a Tácito, Polibio, Tito Livio, Séneca, Cicerón, Plutarco, Mariana, Libros Sagrados, especialmente.

(3) *Idea de un príncipe político cristiano...* (dedicatoria).

porque éstas son las piedras con que se levantan los edificios políticos. No van sueltas, sino atadas al discurso y aplicadas al caso, por huir del peligro de los preceptos universales.»

Saavedra destila en su obra una vena de prudencia, labo-
rando sus máximas con honrada preocupación de artífice, y
más que procurar el hallazgo de un sistema abstracto, resul-
ta interesante recorrer la nerviosa variedad de sus sentencias
en sazón educadora (dirigida a su «Príncipe y señor natural»),
como si al repasar las páginas del autor alentara en cada
período el pulso de su misma biografía.

Si nos atenemos estrictamente a su mera confesión, Saa-
vedra contiene en su *Idea de un príncipe político cristiano*
«la teórica de la razón de Estado», dejando patente su lado
práctico en la *Corona gótica, castellana y austriaca*, por la
que desfilan las acciones de los reyes, señalándose «en lo que
fué lo que agora es», ya que es la Historia la mejor pauta
de los hombres (4).

Cabe considerar, además, como un compendio de su pen-
samiento, las *Introducciones a la política y razón de Estado*
del Rey Católico Don Fernando, dedicadas, en su primera
parte, al Conde-Duque, y en el resto de sus páginas, al Rey
Felipe IV, para que considere en el retrato de las acciones
de aquel Príncipe las copias de «valor» y «prudencia» con
que levantó a la Monarquía. En la doctrina de este opúsculo
sigue con estricta fidelidad a Aristóteles, y, en su aspecto prác-
tico, recoge los sucesos domésticos de nuestra historia de modo
que sirvan como de soporte y apoyo a las especulaciones teó-
ricas de su trabajo. Y si la «ciencia política» consiste, para

(4) Véanse especialmente los capítulos VIII, X, XIV, XIX, XXVI,
XXX.

Saavedra, en «conocer y practicar conjuntamente» (5), para trazar la clave de la segunda parte no tiene en la memoria «un príncipe fingido o ideal, sino verdadero», ya que tomó por modelo a la egregia figura del Rey Don Fernando el Católico.

Breve y sencillo cuadro abarca la teoría política sugerida por Saavedra en torno de la «ciudad» o «adyuntamiento de muchas vecindades, cuyo último fin es la comodidad de la vida con equidad y justicia». La comunidad política está integrada, no por el mero espacio material, sino por «la plebe, los magistrados, los príncipes y los reyes», y como hay un alma en el hombre, existe una «forma de la ciudad», «un orden y concierto entre quien ha de mandar y quien ha de obedecer». Ninguna huella original cabe encontrar en el texto inconcluso de su teoría política, con la consabida reiteración de los moldes aristotélicos acerca del gobierno y sus formas, puras o corrompidas.

En la *Razón de Estado del Rey Don Fernando el Católico*, Saavedra empareja, con deleite, las pasmosas actividades del gran Monarca y la «animosa resolución» del Príncipe, pues que no nace «para el ocio y el descanso, sino para el cuidado y vigilancia en quien ha de reposar el público sosiego», ya que el pueblo «se complace en obedecer por señor a quien aclama por más diestro y airoso entre los demás...».

Señales ciertas de un caudillaje esforzado y enérgico deja perfiladas con claridad Saavedra en los breves apartados de su estudio, y la eficacia del Poder ostenta un ritmo seguro, aguerrido y dinámico: «En perpetuo movimiento anduvo siempre el Rey don Fernando, proveyendo a las necesidades de su reino y disponiendo los fundamentos de su Monarquía, con que pudo levantalla. Siempre giran esas segundas causas que asisten al gobierno del mundo» (III). Porque no exis-

(5) *Introducciones...* (proemio).

(6) *Introducciones...*, I, 2.º; II, 3.º y sigs.

te «gran negocio sin grandes dificultades y peligros. La prudencia que los quiere cancelar todos, o desiste de la empresa o los acomete tarde. Poderosa es la celeridad, y obedece la fortuna al acometimiento animoso» (IV). En las palabras encendidas de Saavedra palpita el verbo de la decisión, la más idónea condición del mando (7).

Pero en la *Idea de un príncipe político cristiano, representada en cien empresas* (1640), se transfigura, mejor que en cualquiera de sus escritos, el perfil ideal de Saavedra y la madura concisión de su estilo, encuadrando la vida del Monarca (desde su infancia a la vejez) en una escalonada distribución de teoremas y avisos políticos; y al suministrar al Príncipe una serie de advertencias y amonestaciones, muestra como difuminadas en el texto sus propias razones íntimas, los resortes psicológicos de su espíritu, poniendo de paso un marco de donosura al retrato del político ideal. No deserta de su puesto Saavedra en la larga fila de definidores españoles que se preocuparon de elaborar la imagen del buen Rey, como si presintiera la melancolía de nuestro declive y le faltara tiempo para tomar, con ansiedad, el cabo de la grandeza política, agusanada y roída por la debilidad del Poder; por eso, quizá, pinta con tan segura mano la presencia histórica del Jefe, y en cualquiera de las partes en que se divide el espejo de los estados halla «siempre entera la majestad» (8).

Las edades del Príncipe pasan su rumbo sucesivo por las «empresas» de Saavedra. Su cuna ya está esclarecida con un

(7) Otras máximas de Saavedra: «En las armas está el derecho de reinar» (XI). «De los sucesos de la guerra dependen los imperios» (XII). «Nunca paran las ruedas del gobierno. La comunicación y el manejo son los libros donde se aprende a reinar...» (Empresa XXVII: «Los peligros son los más eficaces maestros que tiene el príncipe.»)

Feijoo dirá después: «La actividad y el valor son partidas precisas en una y otra» (Tanto en la política «alta» como en la «baja»). El que poseyendo estas cualidades tuviere ocasiones de obrar y se aplicare a la práctica, será buen político sin abrir libro alguno.» (*Theatro crítico universal...*, tomo V, pág. 246); Madrid, MDCCXLII.

(8) Empresa XXXIII.

halo de valor, «calidad intrínseca» del alma, temple heroico, materia prístina que la educación pule y acrecienta con la tenaz porfía de un arte (9). Y la infancia del Rey se reviste con la solicitud meticulosa de una serie de cuidados. Se alargará la senda de su vida por un itinerario de esfuerzos y trabajos. Para mandar es menester ingenio, y éste se sazona con el cultivo de las ciencias y las enseñanzas de la Historia. En el pasado se encuentra la máxima revelación de la política. No hay premio sin aflicciones. «Las letras tienen amargas las raíces, si bien son dulces sus frutos» (10).

Y antes de entrar el Príncipe, con paso firme, en el laberinto del mundo, comience por hacer balance de sí mismo, curando «la frialdad del ánimo...» «con el fuego y estímulos de la gloria, como con las espuelas lo reacio de los potros». No le descomponga el ánimo la iracundia vengativa, pero no se divorcie nunca de «aquella ira hija de la razón, que, estimulada de la gloria, obliga a lo arduo...», ya que sólo en las dificultades se templan las armas del buen gobierno (11). No hay que vivir en paz o para la paz, sino en ardiente inquietud, en celoso arrebató, mordiendo los ribetes del peligro. Si la multitud es gregaria, inorgánica y anónima («ni disimula, ni perdona, ni compadece»), en cambio, el Príncipe ostenta, personalizado, un rostro al que pueden salir «los colores de la vergüenza». Ese seno cobarde y ióbrego de la multitud corrompe el porte de «las repúblicas», pues «creen que adoran una verdadera libertad y adoran a muchos ídolos tiranos. Todos piensan que mandan, y obedecen todos... Temen la tiranía de los de afuera, y desconocen la que llevan dentro. En todas partes suena libertad, y en ninguna se ve». Saavedra defiende la unidad, la entereza física del mando, frente a la irresponsabilidad de la masa: «Nacer para ser número es de

(9) Empresa III: «A un vaso de vidrio formado a soplos, un soplo lo rompe; el de oro hecho a martillo, resiste al martillo.»

(10) Empresa V.

(11) Empresas VII y VIII.

la plebe ; pero la singularidad, de los príncipes. Los particulares obran para sí ; los príncipes, para la eternidad.» Y así ha de levantarse su ánimo «sobre las opiniones vulgares» (12).

Si Saavedra desdeña toda aberración popular, fundamenta, en cambio, en cimientos teológicos la fábrica del Poder : «Siendo Dios por quien reinan los reyes y de quien dependen su grandeza y aciertos, nunca podrán errar si tuvieren los ojos en El.» Toda potestad, en suma, proviene de Dios, y los príncipes contraen obligaciones inexorables, impuestas por el gobierno, porque la justicia que se armara simplemente con las leyes quedaría asentadas sus columnas en el aire si no descansara su base en la misma religión. Sobre la piedra triangular de la Iglesia deberá levantar el príncipe su Monarquía, para conservarla «firme y segura» (13).

Partiendo de esa inconmovible base teológica, Saavedra valora, con tino, la adhesión del pueblo, en la cual confluyen a un tiempo encontrados sentimientos de temor y persuasión. El consentimiento «como hijo de la voluntad es inconstante y vario, y ningunas artes de agrado pueden bastar a ganar las voluntades de todos». Ha de mantenerse el ritmo del gobierno aliándole constantemente a la entereza autoritaria del príncipe, y de tal modo que la voluntad de éste, pulsando dificultades y escollos, trace en la vida un surco rectilíneo, por donde discurran con eficacia sus acciones. El príncipe ha de regir sus estados «con prudencia y valor», como piloto «a quien está fiada la vida de todos». Por eso un cierto recato debe velar a los ojos del vulgo la intimidad del gobernante,

(12) Empresas X, XV.—Empresa XXXII : «No pende la verdad de la opinión. Despréciala el príncipe cuando conoce que obra conforme a la razón. Pocas cosas grandes emprendería si las consultase con su temor a los sentimientos del vulgo ; búsquese en sí mismo, no en los otros.»—Empresa LV : «La multitud es siempre ciega e imprudente.»

(13) Empresas XVIII, XXIV, XXV.—«... es el príncipe parecido a Dios, que siempre está dando a todos abundantemente» (Empresa XL).

nunca reverenciada ni apreciada suficientemente cuando se manifiesta con ostentosa publicidad (14).

El «arte de reinar» implica una sutil y difícil disciplina psicológica, y como en la obra política debe pesar sobre todo la voluntad esclarecida del Jefe, las máximas dictadas por Saavedra convergen en un adiestramiento equilibrado del carácter. Tarea apremiante la de adoctrinar al príncipe cuando dialoga con actitudes contrarias, ocultas generalmente bajo un disfraz de cautela, afinando su juicio en una imprescindible sagacidad. Saavedra fustiga acremente en este punto a Maquiavelo, sin entregar desvalido e inerte al príncipe en una encrucijada de fuerzas adversas, aviesas y envilecidas: también le enseña a esquivar, con hábil disimulo, la vil acometida del mal. Pero también es cierto que pone coto al empleo de la malicia, vedando al príncipe la utilización abierta del engaño, aunque sería torpe necedad que descubriera de par en par su corazón al enemigo, sin quedar «advertido en las artes y fraudes ajenas». Y si nunca dura y permanece cuanto se fundó en la mentira, si no hay firmeza en los pactos cuando el príncipe incumple su palabra, Saavedra desbarata, con su franca repulsa, la imagen de un rey débil y cándido, sumido en la inexperiencia de su ingenuidad; mostrándole, en suma, las fauces de la malicia, le acoraza el pecho con idóneas armaduras, y para vencer la astucia extraña le sugiere el empleo discreto de un prudente doblez. Saavedra confía a la experiencia personal del príncipe la dilucidación de los casos en que ha de hacer uso de tales artes, y aun viene a significarle, en definitiva, que es conveniente servirse de una «candidez real» con los mismos que despliegan con amplitud las redes del engaño. Diríase que a su juicio el solo imperio del bien domeña, a veces, el vuelo ignominioso de la maldad. Pero en política se ofrecen muchas veces tales fondos de corruptora malicia, que es prudente y acertado para

(14) Empresas XXXVI, XXXVIII, XXXIX.

el príncipe triunfar de su perfidia sin que se le descubran las arrugas de una cauta simulación en el rostro (15). Toda la práctica de la simulación descansa, en Saavedra, en fundamentos psicológicos, y el arte de la política está impulsado, en sus finalidades concretas, por un exacto conocimiento de la naturaleza humana.

En un ambicioso designio edifica Saavedra la fortaleza de las Monarquías: «en no creciendo, decrecen». Una serie de causas inexorables, universales o particulares, precipitan el auge o el desmoronamiento de los Estados. Culminan entre todas «el valor... del príncipe..., la reputación de la corona, el poder de las armas, la unidad de la religión..., la autoridad de las leyes...» Pero el timbre más señalado del Poder está señalado por una sucesión persistente de acciones gloriosas, «porque ganado una vez el crédito, no se pierde fácilmente». Pero nada acrecienta tanto la entereza y fuerza del Estado como la rapidez y el ímpetu en las resoluciones gubernamentales. Es esta cualidad de la decisión la innata característica de la voluntad monárquica (16).

El ideario político de Saavedra se endereza, juiciosamente, hacia la sustentación y defensa de la unidad política del Estado. Su tesis, como es obvio, redundaba en provecho de la institución monárquica. Por eso rechaza cualquier escisión o reparto de competencias y prerrogativas dentro de la suprema potestad del mando. Por eso afirma: «No sufre compañeros el imperio ni se puede dividir la majestad... Uno es el cuerpo de la república y una ha de ser el alma que la gobierne.»

No sólo cuida Saavedra de la fortaleza y sanidad de los estados, sino que atiende solícito a la prevención de sus propias «enfermedades». Y frente a cualquier orden de desaso-

(15) Empresas XLIII, XLV.

(16) Empresas LX, LXI.—Empresa LXIV: «A la tardanza tiene por servidumbre el pueblo. La celeridad es de príncipes, porque todo es fácil al Poder.»

siegos o sediciones, no aduce mejor remedio que la entera «presencia del príncipe», la firme resolución del Poder, hasta despreciar «con valor la furia del pueblo, el cual, semejante al mar, que amenaza los montes y se quiebra en lo blando de la arena, se enternece o se cubre de temor cuando ve la apacible frente de su señor natural». Cuando el pueblo se alborota, su sustancia es movediza e inorgánica. «Un impulso ciego lo arrebató y una sombra vana le detiene. Todo consiste en saber coger el tiempo a su furia.» Lo propio del Poder es actuar con decisión, percibiéndose centelleante ésta en el filo de la espada. Y «el poder que no obra con el ímpetu queda desacreditado». Con todo, la corona del príncipe encierra «un círculo limitado», y ha de pesar bien lo que puede herir su espada y defender su escudo», considerando en sus empresas, como el Rey Don Fernando el Católico, «la causa, la disposición, los medios y los fines» (17).

«En el contraste de las armas se mantienen más firmes y seguras» las Monarquías. Vana será «la pompa de las cortes si los reflejos del acero y los resplandores de las armas no ilustran a los príncipes». Su grandeza dimana directamente del Poder, y en él se revela la imagen del Estado fuerte. «Nunca el príncipe parece príncipe sino cuando está armado.» Pero de nada serviría su firme resolución política si la desunión germinara, monstruosamente, en el seno popular de sus dominios. «Crecen con la concordia las cosas pequeñas, y sin ella caen las mayores.» La base de un Estado «consiste en la unidad», y no hay escudo mejor de su poderío presente que la vigilancia celosa de su pujanza bélica, previsoramente acrecentada y mantenida aun en tiempo de paz. Porque «los príncipes no son temidos y respetados por lo que pueden ofender, sino por lo que saben ofender. Nadie se atreve al que es atrevido. Casi todas las guerras se fundan en el descuido o poco valor de aquel contra quien se mueven.» Y no

(17) Empresas LXXIII, LXXXI.

«conoce la dulzura de la paz quien no ha probado lo amargo de la guerra. Cuando está rendida, parece bien esta fiera enemiga de la vida» (18).

Hasta el final de sus días atavió Saavedra la existencia del príncipe con una púrpura de virtud, ganando, en su muerte, la corona inmarcesible de la fama. «Corto es el aliento que respira entre la cuna y la tumba —pudo decir—; corto, pero bastante a causar graves daños si se emplea mal.» Una «vejez torpe» puede borrar de un golpe «las glorias de la juventud», y si «no hay mármol ni bronce tan constante que no se rinda al tiempo», solamente es eterna la fábrica formada por las virtudes, «adornos intrínsecos y inseparables del alma inmortal». Lo demás... «dura lo que dura el mundo». Mientras conserve su lucidez, el príncipe «ha de vivir y morir obrando. Es el gobierno como los orbes celestes, que nunca paran. No consiente otro polo sino el del príncipe».

Como «espejo» del príncipe, Saavedra tomó, para labrar pacientemente la orfebrería de sus «empresas», al gran Rey Don Fernando el Católico, quien «vivió para todos y murió para sí, quedando presente en la memoria de los hombres... y eterno en el deseo de sus reinos» (19).

¿Hasta qué punto quedó inficionado el espíritu de Saavedra con la enrevesada seducción maquiavélica?

Si nos atenemos a su propia confesión, cuando evoca la tenaz tarea de los «grandes varones» que trabajaron con su especulación y experiencia en formar la idea de un príncipe perfecto, notaremos que claramente manifiesta su repugnancia frente a los artifices de la «escuela de Macavelo», ya que

(18) Empresas LXXXII, LXXXIII, LXXXIX, XC, XCVII, XCIX.

(19) Empresas C, CI.

todos los frutos de su destreza «salen torcidos y de poca duración» (20). Pero en su *República Literaria*, tras de calificar de «dañosa mercancía» a los «libros de política y razón de estado», viéndoles entregados al fuego por mano del censor, añade, pensando quizá, precavido, en su obra: «Algo me encogí, temiendo aquel rigor en mis empresas políticas, aunque las había consultado con la piedad y con la razón y justicia» (21). La suspicacia que adivine en ciertos pasajes de Saavedra un fondo maquiavélico hallará un punto de apoyo, como puede colegirse, en esa temerosa inquietud de nuestro autor.

En realidad, toda la cuestión relativa al posible retorcimiento maléfico de algunos giros de Saavedra (y el problema ofrece una mera faceta en el amplio plano del maquiavelismo español) se decide, de antemano, con esta alternativa ineludible: resolver simplemente si en el medio de la «política activa» puede adoptarse en todo momento un rígido patrón, o ha de sujetarse el imperio de sus normas a criterios realistas y circunstanciales. Un arte político exento de principios básicos se movería únicamente por apetitos díscolos y arbitrarios, y como un voluble capricho regiría los rumbos de la comunidad, siendo su norte inseguro y deleznable. Pero sin liberar la ejecución de premisas ciertas, la materia política no se configura en la práctica con un mero juego de teoremas, y por eso han de manejarse en su cultivo herramientas distintas, calidades divergentes: la convicción, nunca sofocada, se verá servida por armas ásperas y aun imperfectas, y entre los «instrumentos de reinar», Saavedra enumera precisamente estos: «fuerza, constancia y prudencia...» (22). Con esos elementos humanos cabe mantener enhiesta la dignidad del Poder —su

(20) Empresa CI.

(21) *República Literaria*, 3: «...todo el estudio de los políticos se emplea en cubrir el rostro a la mentira y que parezca verdad disimulando el engaño y disfrazando los desinios...».

(22) *Introducción a la política...*, II, cap. VII.

eficacia constante— frente a esquivas contingencias inesperadas, amputando las garras a esa sierpre monstruosa de las volubles desazones populares. Sin olvidar, además, este dato: Saavedra no construye en su obra política la pauta trascendental de un «sistema»; toma, simplemente, como tema central de sus «empresas» la vida de un sujeto humano —el Príncipe—, y realza la honradez de su arte con una saludable experiencia, prudente y acertada (23).

En numerosas ocasiones proclama Saavedra ante el príncipe las normas inflexibles de un magisterio moral. Con un rotundo desdén se aparta de Maquiavelo y reverencia, exaltado, la mágica seducción de la virtud. En numerosos textos consagra su fuerza sugestionadora, chafando, por el contrario, la falsa utilidad de la malicia (24). En esta base sólida establece precisamente la firmeza de los imperios, y frente a

(23) Poco halagüeño resulta el juicio de Menéndez Pelayo sobre la calidad constructiva de las «Empresas» de Saavedra Fajardo, encomiando, en cambio, la calidad artística de su *República Literaria*, «joya de mucho más precio». De las primeras dice: «...gran repertorio de lugares comunes de política y moral, harto difíciles de leer íntegros. Cada sentencia de por sí suele ser digna de alabanza, más por la expresión que por lo nueva ni por lo profunda; pero, en realidad, el libro no está compuesto.» (*Historia de las ideas estéticas —siglos XVI y XVII—*, página 271.)

(24) Empresa XLIII: «...cuán impío y feroz es el intento de Maquiavelo, que forma a su príncipe con otro supuesto, o naturaleza de león o de raposa, para que lo que no pudiera alcanzar con la razón alcance con la fuerza y el engaño...».

Empresa XII: «...la malicia queda ciega al candor de la verdad, y pierde sus presupuestos, no hallando arte que vencer con el arte...».

Empresa XIII: «No basta que obren bien los príncipes, sino es menester que los medios no parezcan malos.»

Empresa XXVII: «No es segura política la que se viste del engaño, ni firme razón de Estado la que se funda sobre la invención.»

Empresa XXXII: «No pretendo en estos momentos formar un príncipe vil y esclavo de la república, que por cualquier motivo o apariencia del beneficio della falte a la fe y palabra y demás obligaciones de su grandeza, porque tal descrédito nunca puede ser conveniencia suya ni de su Estado.»

Empresa XXXIV: «Los medios se han de medir con los fines.»

Empresa XXXV: «Cuán impío es el error... de los que aconsejan al príncipe que desista de la entereza de las virtudes y se acomode a los vicios cuando la necesidad lo pidiere...»

Razón de Estado del Rey Don Fernando el Católico, V, etc.

este polo de la virtud, tal como la muestra Saavedra, gravitando sobre la corona del Rey, Maquiavelo, en cambio, temple las puntas de su cetro con la «piedad» y la «impiedad», para hacer cabeza con el fingimiento «de la parte que más conviene a la conservación o aumento de sus estados...» (25).

Saavedra defiende arduosamente la sumisión del Pontífice, conservándose los príncipes «en su obediencia y protección»; flagela y proscribete toda política que se aparte arteramente de los mandatos divinos (26); sostiene la observancia y cumplimiento de los tratados, porque «el tiempo y el consentimiento hizo ley lo capitulado» (27). Pero, por otra parte, considera a la prudencia «como regla y medida de las virtudes, sin cuyo empleo pasan a ser vicios»; temple los rigores de la fortuna con una cautelosa y escéptica habilidad (28); adiestra al príncipe solapadamente en el manejo de la simulación, para que se familiarice con «las artes y fraudes ajenas» (29), usando de las mismas según la variedad de los casos, cuando así lo demande la experiencia, y aun estimando que «en los tratados de paz es menester no menos franqueza que en la guerra...», confiesa con incredulidad que, de todos modos, concluída la concordia, deben mantenerse los estados.

(25) Empresa VIII.

(26) Empresas XCIII, XCIV.

Corona gótica, cap. XII: Por Dios «reinan los reyes» y «en su divina cancillería se despachan los títulos de las coronas, ya sean hereditarias o ya electivas». Cap. XV: Es la religión vínculo y firmeza de los imperios, unidos en su culto los ánimos. Cap. XXII: Son los cetros en las cosas humanas principal dote de la Divina Providencia, reservados a su distribución.

Razón de Estado del Rey Don Fernando el Católico, I: El Poder dimana de Dios. Los reyes son vicarios «en el ejercicio temporal».

(27) Empresa XCIX.

(28) Empresa XXVIII.

Empresa XXXVI: «¿De qué viento no se vale el piloto para su navegación? Según se va mudando, muda las velas, y así todas le sirven y conducen a sus fines.»

(29) Empresa XLIII.

con las armas expectantes y alzadas, porque entre «el vencido y el vencedor no hay fe segura» (30).

Juzgando «impío» e «imprudente» el consejo de Maquiavelo (fundador de «una política sobre la maldad»), desliza, sinuoso, Saavedra, después estas palabras sigilosas en los oídos del príncipe: «Sea, pues, virtuoso; pero de tal suerte despierto y advertido, que no haya engaño que no alcance ni malicia que no penetre, conociendo las costumbres de los hombres y sus modos de tratar para gobernallos sin ser engañado» (31).

Saavedra pensaba, sin duda, que en el cercado de la política no suelen florecer beatíficamente las virtudes ascéticas y renunciadoras del mundo, por más que el vigor del mando se acrezca por una vía de austeridad, honor y sacrificio. El arte difícil del gobierno excluye toda actividad inactiva y vacilante y ha de modelar con ilusión el más deleznable —a veces— barro humano. Es la política, a fin de cuentas, tarea que adoctrina y amansa confusas multitudes (32). Obsesionado Saavedra por la ingente muralla de sus dificultades, viniendo maléficas y aparatosas contaminaciones, sufre de rechazo la sugestión de su hechizo, quién sabe si esclavizado además su gusto por la bella expresión de Maquiavelo. Su fama se logra con la propia fama enemiga, y así se torna complejo, desvaído, poco seguro, ausente de una línea rectilínea e inalterable (33). Pero en el fondo de su pensamiento rehu-

(30) Empresa XCVIII.

(31) Empresa XVIII.

(32) Empresa LXXIX: «¿Quién podrá asegurarse de lo que tiene en su seno la multitud?»

(33) «En su mismo arquetipo, Don Fernando el Católico, las gentes han percibido dos caras: la una, «sórdida»; la otra, «amorosa». ¿Por qué este personaje histórico... no ha tenido una sola leyenda? ¿Por qué no ha tenido una única valoración?... Su nombre suscita siempre otros. Su concepto es la unidad de otro concepto. Ciertamente, la culpa de estas cosas no la tienen las vidas de los hombres, sino sus ocupaciones, y la ocupación de Fernando el Católico fué la política. La po-

ye, tras fugaces dispersiones, «los extremos» de Maquiavelo, peligrosos confines para el príncipe, y ocupa alternativamente con sus esquemas políticos posiciones equidistantes de dos polos opuestos (34). Por una parte enardece al príncipe con el arrojo de la decisión, para que su fuerza se vigorice al tentar los bordes del peligro; por otro lado le persuade para que conduzca con moderación el carro del Estado, cuidando de que no toquen las ruedas en las metas, midiendo prudentemente la distancia y anchura del camino (35). Y una conclusión realista y ecléctica condensa, en resumen, su juicio ponderado: «No ha de ser el gobierno como debiera, sino como puede ser, porque no todo lo que fuera conveniente es posible a la fragilidad humana.» En la guerra, como en la paz, «todo depende de aquella eterna Providencia que eficazmente nos mueve a obrar cuando conviene para la disposición y efecto de sus divinos decretos...» (36).

lítica fué para él su cuerpo y su alma... La política recrea a sus símbolos y los hace vida mientras ella viva. Fernando el Católico, con su luz y su sombra, será siempre símbolo para quien ame y para quien odie a España.» (FERRARI: *Fernando el Católico en la teoría antiespañola de los intereses de Estados*; Escorial, cuaderno 23, 1942.)

(34) Empresa XLIII.

(35) Empresa XLI.

(36) Empresas LXXXV, LXXXVII.

(25) Empresa XVIII.

